

Las dos hermanas de Tunja

— Colaboración directa —

Al pie del monumento que rememora la batalla, cerca del puente de Boyacá esperaban las comisiones; grupos a pie, damitas, jóvenes, funcionarios, militares, particulares, estudiantes. Al detenerse el coche, gritos, vivas, saludos; ramos de flores y banderas. En las presentaciones suenan nombres que han sido próceres: Otaíloras, Restrepo. En los uniformes, en las maneras cultas de los oficiales, hay una vaga reminiscencia bolivariana. Dirige una joven hermosa, gentil, la reina de los estudiantes tunjeños, la Señorita Teresa. Cambian de manos las ofrendas florales y se hace rueda para iniciar los discursos. Vuelan las imágenes atreviadas como las águilas de Boyacá; las frases gallardas rastrean el orgullo adormecido, un hondo sentimiento aviva el dolor de la decadencia con el recuerdo de pretéritas glorias. El viajero, que es recibido como huésped empieza a despertar de la modorra de los largos viajes, se desentume apenas del viento frío en el coche abierto. Quedaron atrás los páramos lluviosos y ahora se ha despejado el cielo; la claridad inunda generosa el ambiente, lustra los prados, pone radiación en las corolas. Y sobre la columna y en las lápidas seorean las leyendas heroicas; gritos entusiastas rompen las vibraciones latentes, decesos mirajes hechos de viento, vapor y luz. Ondeada la bandera de Colombia que toma su ocre al paisaje de las cortadas; irrumpe el color mexicano con su rojo vivo de sangre y su verde de ilusión aplazada. ¡Viva el pensador de América! ¡Viva Colombia! Las manos se buscan, saludan efusivas, los ojos ahondan su mirar, reconociéndose, interrogando la realidad personal para ver si corresponde a la ficción. Fraternidad hispana tiembla en el mismo ambiente en que hace poco más de un siglo se destrozaron las legiones en conflicto desventurado. ¿No lo reconoce así el monumento en la placa que recuerda el aporte de la Legión Británica? Ya desde entonces metidos ellos como una estria que parte el granito aborígen español?... Llegan más automóviles, crecen los Vivas; la mañana se ha lavado, se ha puesto de gala para el desfile.

Coches embanderados, agrías bocinas y bulliciosos manifestantes van por la carretera moderna, por el lomo de las viejas colinas verdeantes, por el filo de los granitos que sirvieron de pedestal a los guerreros. Por dentro, en el coche del huésped, va la reina estudiantil, blanca, morena, fresca, habla y parece que la menuda lengua tropezase con el paladar tomando acentos como de roce en seda o en terciopelo. Una voz que rompe la indiferencia y penetra como licor suave aromado. La voz anuncia los encantos de Tunja, los arreglos de las fiestas. Al otro lado del huésped conversa también, afable, el oficial que parece arrancado al cuadro de la vieja batalla boyacense. Por el frente, un enlazamiento de colinas, en los costados, las montañas, en el fondo, las cordilleras. La ruta sube y baja, serpea; de pronto, en uno de los altos, logran los ojos descubrir la ciudad. Se diría un miraje de cuento oriental. Sobre el tapete de las colinas quemadas de sol un agregado de construcciones macizas, aplanadas noblemente como para realzar el hábito de las azoteas y los

campanarios. Remates de cúpula y torre fingen un anhelo pertinaz y colectivo; por la periferia las construcciones se achatan como si volvieran a confundirse con la roca primitiva. Las casas todas se aprietan constituyendo organismo. Los muros son de sillería, sólidos, como para resistir los vientos; los siglos, las revoluciones.

El hotel, de amplios salones, va a la plaza. La plaza es vasta, toda empedrada, desolada; un gran cuadrado sin árboles, sin bancos, simple lujo de espacio. Y en los cuatro costados, salvo algún lunar modernoide, casas de largos balcones verdes sobre muros de azul o de blanco. Ventanas enrejadas, celosías y como tapa de pagoda china, largos aleros que rematan la comba de tejados ocre, manchados de lama. A la derecha, una catedral de piedra, pórtico sobrio, de estilo español, horriblemente afeada por dentro con unas ojivas de colorete. Al lado de la Catedral una linda casa modelo de estilo tunjeño; larga celosía central y a ambos lados balcones pintados de verde.

Pero hay mucho tesoro escondido que no podría descubrir el viajero en solo unas horas; por eso las damas solícitas se han ofrecido a acompañarlo. Una de ellas, Mercedes, hermana de la reina, conversa, explica y orienta a lo largo de las calles que se adornan con la fiesta de las rejas y ondulan, se enlazan por lo alto en la línea irregularmente armoniosa de los tejados. Pasamos la torre cuadrada, torre casi nudejar de San Ignacio; llegamos a la fachada morisca del antiguo convento de San Francisco; sólidos muros, vanos, escasos y nobles; por dentro el claustro, doble arquería en cuadro.

El orgullo de Tunja es la capilla del Rosario, en San Francisco; clásico esplendor iberoamericano, oros radiosos igual que en el tiempo en que incas y aztecas pulimentaban discos imitando al sol; pero enriquecido el alarde con

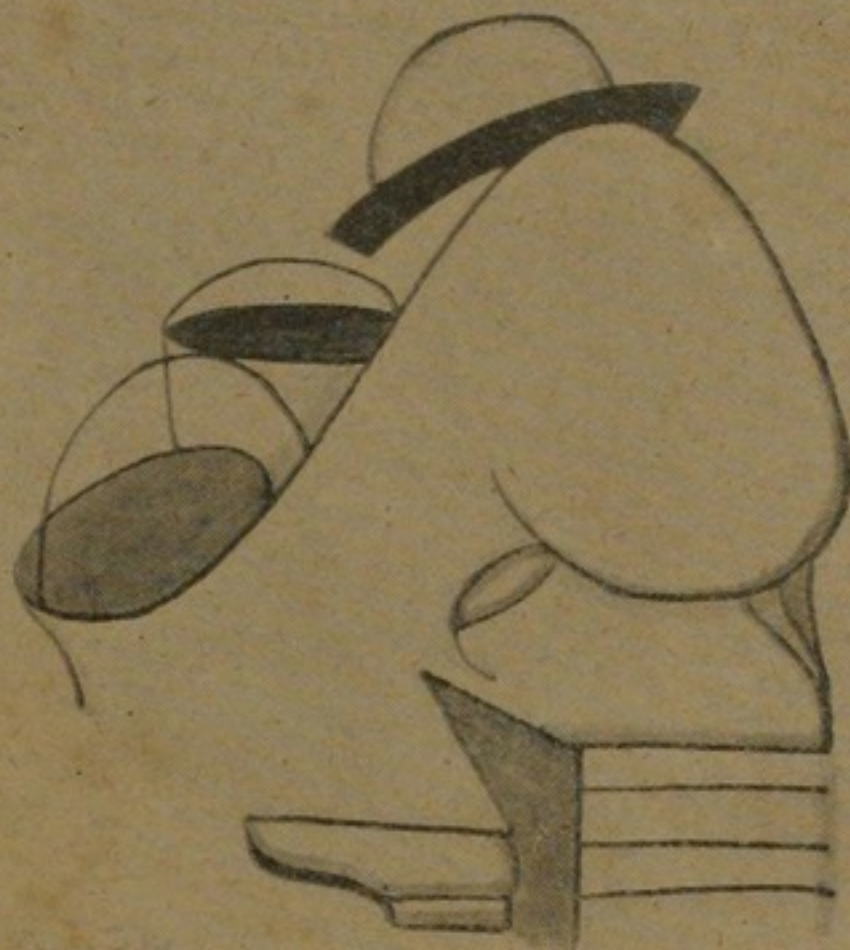
los acantos, las guirnaldas, los capiteles, las espiras salomónicas, los espejos, los óleos ricos de color de los retablos. Altorrelieves asombrosos, figuras graves de apóstoles ennoblecidas con mantos de esmaltes en oro, en azul, en rojo; vírgenes de túnicas rosadas, damasquinadas, increíbles; juegos alados de ángeles que se arrancan a la escultura para danzar ritmos audaces, contradictorios, concurrentes como en la sinfonía. Fiesta de colores, gracia de líneas, triunfo de perspectivas, éxtasis y acción; arte cabal, arte teológico; gloria de América. Berruete y Palestrina realizados en el hábito de una nueva creación. Primitivos y clásicos pierden en un éxtasis la ruta y dejan convertido en oro y en ritmo su clamor; eso es el plateresco, el churriguera en Hispanoamérica.

La guía gentil, Mercedes, muestra tímidamente los tesoros de su ciudad y delante del altar maravilloso aguarda perpleja la impresión del visitante; parece que temiera la incompreensión, la peregrina fatiga de los cansados de no ver. Después, la voz femenina empieza a referir circunstancias, explica datos, ayuda a sentir. Un hilo invisible ata la voz melodiosa con los ritmos plásticos, inconsumados de los retablos y parece que acabara por dárles sonoridad. El anhelo hu-

mano se funde en los signos divinos y el milagro de la belleza se consume pleno, misterioso y profundo, fugaz siempre y sin embargo, eterno. Todavía al salir del templo y caminando por las aceras en el atardecer se divisan en la lejanía los azules diáfanos de la meseta y las colinas verdeantes por delante de la cordillera imponente, distante.

Las damas se despiden y una comisión masculina toma a los viajeros para ver de prisa el pozo del cacique indígena; una fuente de aguas abundantes a donde se supone echó los tesoros el último rey aborígen para librarlos del vencedor. También bajo la tarde, ya oscura y lluviosa, se hace la visita de los cojines tallados en lo alto de una roca basáltica supuesto adoratorio de los indígenas... El huésped no deseaba ver colegios; oyó hablar de un mes de María con ofrendas florales y letanías cantadas y había encargado a sus guías femeninos que lo llevaran. Pensó volver a hallar intacta su infancia envuelta en la infinita, temerosa dulzura del aura materna... pero prevalecieron los hombres y allá fué, a disgusto, al Instituto. Bajo los aleros de un viejo corredor y en el patio descubierta se agruparon los estudiantes y se produjo el discurso. El discurso sorprendió al huésped y lo arrancó de su desgano y somnolencia. El orador juvenil, casi infantil, definió un programa conciso, claro, generoso. Aurora siempre joven a pesar de los siglos que quedan atrás eclipsados cada vez que sale la aurora.

La banda municipal ha ido a tocar galantemente bajo los balcones del huésped. El director ha presentado un programa; música extranjera mala, de segunda, en el país de su origen. Balkler y Wolfes y Jones pueden hacer maquinarias pero hasta ahora todavía, no logran rimar sonidos. El huésped indiscreto lo dice y que prefiere algo compuesto por un Gómez o Martínez o González. ¿Que no saben



Por E. Quiros